

Fue grande predicador de los indios, en su lengua mexicana, mostrando en los sermones sumo deseo de la salvación de sus almas. Hacíales representar los misterios de nuestra santa fe y las vidas de algunos santos, en sus propias fiestas; porque mejor lo pudiesen recibir y tener en la memoria, por ser las cosas de ejemplos más vivas para la memoria, que las dichas de palabra. Morando en el convento de Tetzcuco, día de San Juan Bautista, dijo misa, con la mayor devoción que pudo y sin tener enfermedad ninguna, y otro día siguiente, que fue a veinte y cinco de junio del año de 1562, dio el alma a su criador, estando con todo su juicio y alabando el santísimo nombre de Jesús, puesto de rodillas en tierra y de pechos sobre su pobre cama. Está sepultado en el mismo convento de Tetzcuco, y después de pasados algunos años, de su loable fallecimiento, sacaron su cabeza del lugar donde estaba enterrado su cuerpo y no sé con qué intento, pero ahora está puesta en una concavidad pequeña que cabaron en la pared en la capilla mayor, al lado del evangelio, junto a un altar de Nuestra Señora, y tiene una rejita de hierro para que no puedan sacarla y un velo que la cubre. Aquí la tienen, con mucha veneración, y la estiman por reliquia de santo. Escribió algunos tratados, en la lengua mexicana, y son éstos: *Doctrina cristiana o catecismo*. *Sermones dominicales de todo el año*. *Flos sanctorum*, traducido en la lengua; y otro, que se intitula: *Preguntas y respuestas, cerca de la vida cristiana*.

CAPÍTULO XXVIII. *Vida del santo fray Francisco Ximénez*



ESTE VARÓN DE DIOS EL DÉCIMO de los doce. Vino con ellos de la provincia de San Gabriel, donde tuvo el hábito de religión. Fue muy docto en el derecho canónico, donde se verá que no eran hombres idiotas y simples estos benditos primeros religiosos, como falsamente algunos les quisieron argüir (como dejamos dicho en otra parte)¹ y debió de aprender esta ciencia este venerable varón, en el siglo, antes de tomar el hábito de la sagrada religión franciscana, porque en ella no se lee esta facultad. Era varón de gran sinceridad y humildad; y por esto *dilectus Deo et Hominibus*, amado de Dios y de los hombres (como dice el *Eclesiástico*² de Moysén) por su mucha afabilidad y benevolencia con todos, amigo y celoso de su profesión, y aunque pudiera ser sacerdote luego que tomó el hábito, pues tenía ciencia y saber para ello, su humildad fue tanta que en España no quiso ordenarse de misa, hasta que habiendo de pasar a estas partes se ordenó por la necesidad que para la conversión de los indios habría de sacerdotes, aunque era hombre ya de edad y fue el primer sacerdote que cantó misa nueva en este nuevo mundo. Envióle el emperador cédula, para ser primer obispo de Quauhtemala; mas por quedar en el estado hu-

¹ Supra lib. 16. cap. 7.

² Eccles. 45.

milde que había elegido de fraile menor, no lo quiso aceptar, acordándose de aquellas palabras del *Eclesiástico*.³ Permanece en tu testamento (que es decir, en la vida humilde y llana de fraile, que escogiste) y trata de las cosas de tu profesión y envejecete en la obra de la obediencia y en los preceptos y mandamientos de la religión; porque como dice el Espíritu Santo en unas palabras, antes de estas referidas: Hay quien trabajando poco se enriquece mucho y éste es el precio de su premio poniendo su gloria y su contento, en decir: Ya he hallado en este estado descanso para mí, y ahora comeré de mis riquezas y rentas y no sabe este tal el tiempo que durará este estado, y cuando vendrá la muerte que se lo quite todo. Por esto no lo quiso aceptar este varón de Dios, fray Francisco, y lo que más estimaba era la oración mental, de la cual nunca apartaba su ánima y andaba tan embebido y absorto en Dios, que tenía necesidad de compañero que le hiciese comer y mudar la ropa. Y no es mucho que si el otro filósofo, contemplando el movimiento de los cielos, estando una vez sentado a la mesa para comer, extendiendo el brazo para tomar el pan, se quedó elevado y no atinó con la comida que este santo varón, contemplando la grandeza y majestad de aquel que crió los cielos se elevase y anduviese tan fuera de sí, que no se acordase de comer manjar corporal por comer el espiritual, que en la oración se le administraba. Muchas veces le preguntaban si había comido y no se acordaba de ello, y esto no por falta de memoria y buen entendimiento (que tal lo tenía) mas por andar siempre en continua oración mental, tratando con Dios, extático y fuera de sí, como enajenado de sus potencias y sentidos.

Siendo guardián del convento de Cuernavaca tenía en su compañía a un religioso, gran siervo de Dios, llamado fray Miguel de las Garrovillas, el cual enfermando, el guardián, usando de su mucha caridad, lo trajo en un caballo a la enfermería de Mexico, para que fuese curado. Y descansando ambos en el camino se soltó el caballo y huyó por lo más alto de la sierra, y para buscarlo y preguntar por él ninguno de los dos se acordó de qué color era; tanto era su pensamiento en Dios, que aun de las cosas que traían entre manos no se acordaban. Fue uno de los primeros que aprendieron la lengua mexicana y la supo muy bien, y el primero que hizo de ella arte y vocabulario, y en ella escribió muy buenas cosas. Examinó también todos los libros y tratados que en esta lengua se habían escrito, por particular comisión, que se le dio para ello. Predicó mucho a los españoles e indios, y de todos era generalmente amado, en especial de los religiosos que en esta Nueva España entonces comenzaron a venir a entender en el ministerio de los indios que fueron los dominicos y agustinos, con quien siempre trataba.

Cuando visitaba los pueblos de los indios, guardaba este orden. En llegando a ellos se entraba en la iglesia a hacer oración y acabada brevemente la oración se asentaba y hacía una plática a los indios que allí estaban juntos; porque ésta fue, desde el principio de su conversión, su loable cos-

³ Eccles. 11.

tumbre de salir todo el pueblo o poco menos en dos hileras, los hombres en una y las mujeres en otras, a recibir al religioso que les iba a administrar doctrina, y los santos sacramentos. En esta plática les decía la causa de su venida, que era para darles el pan y mantenimiento de la palabra de Dios, y los medicamentos necesarios para la salud de las almas, a los que espiritualmente estuviesen dolientes. Y tras esto, habiéndolos preparado con los avisos que para ello se requieren, primeramente confesaba los que hallaba enfermos y después a los sanos que lo pedían. Este mismo modo han usado ordinariamente los siervos de Dios, obreros de esta viña, en las visitas que hacían, tomando este trabajo (sobre el del camino) por descanso y refrigerio.

Adoleció este santo varón de una grave enfermedad que nuestro Señor le dio, para prueba de su paciencia y más mérito suyo. Y estando en la cama, muy descaecido, sin poderse mover, ni rodear, oyó que le traían el Santísimo Sacramento del cuerpo de nuestro redemptor Jesucristo, y levantóse con mucho fervor de espíritu y puso las rodillas en tierra, con gran ímpetu de devoción que parecía haber cobrado nuevas fuerzas, y así lo recibió. Dio santamente el espíritu al Señor, en el convento de San Francisco de Mexico, donde está enterrado. Después de muerto, el enfermero de aquel convento que se decía fray Lucas de Almodóvar, devoto y santo religioso, conociendo la mucha santidad del siervo de Dios fray Francisco Ximénez, y por la devoción que le tenía, le cortó un dedo de la mano, el cual se le perdió al cabo de un año, sin saber cómo, ni dónde, aunque lo traía siempre en la capilla del hábito. Confesó después este religioso (que era varón de mucha verdad y religión) que en un año que lo trajo consigo no se secó, sino que estaba fresco y daba de sí tanta fragancia de olor que le confortaba. El día que murió en Mexico el santo fray Francisco, en Tuchpa, que es en la provincia de Xalisco, sesenta leguas de Mexico, otro santo varón, llamado fray Daniel, lego, con quien el difunto tenía capitulada hermandad espiritual, como muchos religiosos lo usan en sus religiones lo supo, y el mismo día, fray Daniel dijo a un religioso, en cuya compañía estaba; ha sido nuestro Señor servido de llevar hoy a su gloria al padre fray Francisco Ximénez. Créese, piadosamente, que el mismo fray Francisco, por la hermandad que entre sí tenían, le aparecería por la voluntad del señor. Escribió este bendito padre, con mucha curiosidad y concierto, la vida del santo fray Martín de Valencia, tres años después de su muerte, como quien había sido el más íntimo familiar suyo.

